

TUNEZ ANTE EL ORIENTE MEDIO

EN las líneas cardinales directrices de la evolución política activa y las posibilidades latentes del llamado «Mundo árabe», es ahora evidente que una de las características esenciales más recientes, consiste en la tendencia a que su eje se desplace desde el sector del «Creciente fértil» al del Continente africano. En este desplazamiento, que durante 1956 se fué marcando con la incorporación del Sudán a la Liga Árabe; las nuevas independencias tunecina y marroquí; la acentuación del valor de las cuestiones del canal de Suez, etc., etc., la nación de Túnez ha comenzado a desempeñar uno de los primeros papeles. Esto se ha hecho en gran parte patente a la atención pública de los países del Mediterráneo Occidental (especialmente, España e Italia), por los viajes del jefe nacional y jefe del Gobierno tunecino, Habib Burguiba, tanto como por el papel mediador que Burguiba realiza para gestionar una pacificación argelina entre los sectores oficiales franceses y los representantes del F. L. N. Sin embargo, no es posible comprender objetivamente todo el alcance de las posibilidades tunecinas sin tener en cuenta su conexión con el Próximo Oriente u «Oriente Medio», con el cual nunca perdió Tunicia varios enlaces fundamentales. Pues siempre se ha dicho de Túnez que era una puerta abierta entre el Maghrib y el Machriq (entre el Oeste y el Este del arabismo), pero esta afirmación se suele interpretar en el sentido de que por allí han llegado hasta Marruecos y la Península Ibérica las influencias del Levante asiático. Sin embargo; también es cierto que el extremo hispano-marroquí y Argelia refluieron sobre Arabia, Egipto, etc., etc. a través de Túnez precisamente. Y una de las causas principales (de las causas más permanentes) ha sido la influencia del medio ambiente físico.

En Marruecos predomina de un modo absoluto la montaña; y la historia local ha estado influida por el modo de ser replegado y tenaz

de los cabileños arraigados sobre los macizos del gran Atlas y el Atlas central. En Argelia la mayor parte del terreno lo ocupan estepas de pastoreos indecisos, y sus macizos montañosos tienen tan poco sitio utilizable que los habitantes sólo los usan como apoyo para una parte del año, mientras los demás meses han de buscar fuera trabajos temporales. En Túnez, aunque hay también estepas y algunas montañitas, las comarcas ricas y vitales del país se concentran en torno a un valle-eje de huertas y olivares que tienen al final una de las más amplias salidas marítimas. Sobre esto se han sumado luego una serie de casualidades históricas, que han reforzado la predisposición física a las diversificaciones. Por ejemplo, la casualidad estatal de que Marruecos tenga su origen en varios imperios locales medievales; Argelia fuese multiplicidad de tribus o ciudades sueltas; y en Túnez subsistiese, hasta fines del siglo XIX, uno de los últimos virreinos del Imperio marítimo turco. También hubo las diferenciaciones establecidas por la forma de implantarse la presencia francesa: pues si en Argelia se estableció por las armas una soberanía francesa exclusiva (que unificó a los musulmanes argelinos por el mismo apretamiento dentro de moldes franceses), en Túnez predominó la forma de contratos que tuvieron los pactos bilaterales de Francia con los Beys. Y en Marruecos la acción francesa hubo de amoldarse a pautas de convenios internacionales nacidos de un antiguo *statu quo*.

Nada de esto quiere decir que el nacimiento o el renacer de la nación tunecina actual esté impulsado por factores retrospectivos, ni mucho menos por determinismos geográficos forzosos; pues, precisamente es muy característico de los tunecinos su empeño en ir siguiendo las líneas de mayor dinamismo en la vida de su tiempo. Pero parece indudable que la posición de esquina y encrucijada que tiene el país de Túnez entre las dos mitades del Mediterráneo ha servido para estimular las capacidades de los tunecinos.

El aprovechamiento y el encuadramiento son, sin duda, las más salientes de dichas cualidades. Ambas se refieren a que Tunicia (casi lo mismo que la antigua Grecia) tiene exceso de luminosidad, aire estimulante, y otras ventajas del ambiente, pero en cambio escasea de recursos naturales como los agrícolas; pues el regadío es muy limitado. Desde luego los productos que se obtienen son excelentes como sus frutas y aceites, pero en la obtención ha de atenderse más

a la calidad que a la cantidad; por lo cual en las huertas y olivares de su campiña los cultivos han de tener minuciosidades de jardinería. En aquel campo nada se pierde y todo se recorta con minuciosidad. Del mismo modo en la vida de relación política y social los tunecinos tienden asimismo a que nada quede suelto ni desperdiciado. Por ejemplo, en 1857, Túnez fué el sitio donde se dió el llamado «Pacto fundamental», es decir, la primera Carta constitucional proclamada en un país musulmán; y si respecto a dicho Pacto siempre ha llamado la atención el hecho de su anticipación a las reformas muy posteriores del Imperio Otomano, el Imperio persa, etc., fué asimismo significativo que surgiese en un país apasionado por el legalismo y la moderación. Pues los tunecinos son lejanos herederos de aquellos hijos de la Cartago latina, de los cuales decían en Roma que nacían siendo abogados.

De que los primeros legalismos modernos del siglo XIX no surgieron por casualidad, ha sido prueba todo el desarrollo de los movimientos nacionalistas durante el protectorado francés. Estos fueron sucesivamente: el partido «Joven Túnez», de Ali Bach Hamba; el primitivo Destur del Chej Abdulaziz Zaalibi, y por fin, el Neo Destur, de Habib Burguiba; además de otros movimientos de emancipaciones modernizadoras: religiosa, cultural, económica y sindical. Todos ellos pusieron su mayor empeño en la juridicidad más que en la violencia; y las pugnas para intentar que se aboliese el protectorado no tuvieron nunca nada de xenofobia. Pues en Tunicia se podía atacar al sistema oficial francés a la vez que se convivía amistosamente con los franceses.

Por el predominio de la legalidad y la habilidad razonadora sobre la violencia desordenada llegaron los tunecinos, entre 1954 y 1956, a ir pasando desde el protectorado a la autonomía interna, desde ésta a una autonomía completa, una independencia condicionada, y por fin la independencia actual en que la vinculación a Francia no pasa de ser una especie de alianza.

La misma facilidad para ceñirse a lo concreto de lo posible se manifiesta en el enfoque que los gobernantes tunecinos han dado a las primeras medidas de organización. En vez de dejarse arrastrar por sus propios programas políticos los han amoldado a las necesidades inmediatas. Al montar todo el aparato de los nuevos organismos estatales y administrativos que exige la independencia, los tunecinos

tienden sobre todo, a salvar las escaseces del período de transición. Así, la Organización Sindical Local U. G. T. T. ha refrenado voluntariamente su plan de reformas laborales, con el objeto de no dificultar la afluencia de capitales extranjeros (incluso franceses). Esta afluencia se hace necesaria para realizar planes generales, de un suelo en el cual hasta ahora sólo era utilizable en sembrados o plantaciones el 27 por 100 de sus superficies.

La personalidad de Habib Burguiba es, indudablemente, el principal factor de estabilización, el punto medio de equilibrio, de tal modo que puede considerarse como un nuevo creador de su nación en forma moderna. Es posible que en pocas ocasiones se haya dado una influencia tan extensa sobre un país entero de un hombre solo, pues el significado de Burguiba no se reduce a su antiguo papel de jefe de un partido, ni al actual de jefe de un Gobierno, sino que se extiende a una serie de aspectos en los que ha servido de adelantado o de modelo; lo mismo para sus seguidores que para sus adversarios. Aparte de la política, Burguiba ha destacado en la oratoria, la abogacía, el periodismo y varias actividades sociales como el impulso para la modernización de las mujeres; y lo mismo cuando ha acertado que cuando se ha podido equivocar, han obrado como principales factores a su favor los de la sinceridad y probidad intelectual. Sobre esto es muy curioso observar que la popularidad lograda entre sus adeptos del Neo Destur no la logró siempre halagándoles, sino a veces contrariándoles o yéndose por caminos que parecían desviaciones y luego resultaban ser sólo atajos.

Por ejemplo, en las relaciones de Túnez con los gobernantes franceses durante el protectorado, Burguiba puede invocar ante sus compatriotas unos antecedentes excepcionales en la que se ha calificado de *lutte contre le colonialisme*, pues totalizó ocho años de prisiones y otras privaciones de libertad. Sin embargo, él dijo en ocasión de su regreso a Túnez, en mayo de 1955, que: «Ninguna amargura causada por el recuerdo de los sufrimientos pasados puede empañar la brillantez del buen resultado final». Luego añadió su convicción de que llegará un día en que los franceses de Tunicia habrán de comprender que su política fué la única posible para asegurar la continuidad del porvenir. Del mismo modo podría haber dicho entonces que esta convicción habrían de llegar a sentirla los franceses de toda Africa del Norte; pues es lo cierto que Burguiba formuló antes que nadie

Las propuestas para que la Unión Francesa proclamada después de la segunda guerra mundial se reforzase y flexibilizase de un modo semejante a la Commonwealth británica. Posteriormente los hechos le dieron razón, pues en Argelia la aplicación del espíritu del Estatuto de 1947 (que era un primer paso a la autonomía) hubiera evitado el levantamiento posterior, y en Africa Negra, todo el proceso de autodeterminación independentista que ha hecho nacer a Togo y puede hacer nacer otros países dentro de una armonía con Francia, ha seguido los pasos del «burquibismo» o «burguibismo».

En el Norte de Africa, la fórmula de mancomunidad tenía que ser aplicada a la combinación de dos antiguas naciones como la tunecina y la marroquí, con el sector argelino que física y humanamente no es ni puede ser Francia, pero indudablemente ha sido formado a la francesa y necesita de Francia en varios sentidos, como el comercial y en parte el cultural. Esto puede crear con el conjunto norteafricano lo que se ha definido ya como «una convivencia múltiple» en la cual participen (dentro o fuera de los Estados árabes locales) los franceses, neofranceses, españoles, italianos, malteses y hebreos. Esta idea ya había surgido en el terreno local de Argelia con el nombre de argelinismo, y nunca ha sido recusada por ninguno de los movimientos políticos de los habitantes arabobereberes ni por los sectores moderados franceses de Africa. Así, mientras el Frente de Liberación acepta que en Argelia independiente lleguen a convivir como conciudadanos todos los allí nacidos sea cualquiera su origen y religión, en algunos sectores católicos locales se manifiestan tendencias parecidas hacia *une Algérie pour tous les algériens*. También en Túnez y en Marruecos los partidos políticos predominantes desean conservar a los residentes de orígenes extranjeros o judíos.

El interés de la acción de Burguiba consiste, sobre todo, en que del deseo de conservar a los minoritarios no musulmanes (deseo nacido por razones de comodidad o de conveniencia) ha hecho una doctrina y una práctica, a la cual podría darse carácter internacional.

No se trata de que dejen el Norte de Africa los elementos extranjeros que no pueden desarraigarse o que han de utilizarse como técnicos, sino de procurar una combinación estabilizadora y pacificadora, apoyada en los países de procedencia dentro de un área común. Es un programa que tiene dos etapas en la pacificación y la coordinación. La primera exige hacer cesar el derrame de sangre argelino,

por medio de una solución que respete todos los intereses de todas las partes en presencia, y a eso tienden los tenaces esfuerzos que, desde el 20 de abril, Burguiba inició en relación con representantes del argelino Frente de Liberación. La segunda se refiere a las posibilidades que pueda ofrecer la perspectiva de crear una Federación norteafricana en buen acuerdo con los Estados vecinos que tienen residentes e intereses humanos en los cuatro países arábigos del Oeste; es decir, con Madrid y Roma además de París.

Es muy posible que todo el programa exterior del «burquibismo» tenga como eje de sus actividades, la misma idea base que aparecía más frecuentemente en las arengas, las declaraciones y los escritos del caudillo del Neo Destur, cuando luchaba por la autodeterminación de su propio país. Esta era la que contenía la frase de que la cooperación no podría establecerse y dar sus frutos más que en la libertad (*Cette coopération ne peut s'établir et donner ses fruits que dans la liberté*, 4 junio 1954). El punto de partida de las campañas para conservar la personalidad tradicional de Tunicia como Estado distinto del Estado francés, había tenido por fundamento la instintiva repulsión jurídica de los tunecinos hacia la amputación que el poder beylical sufrió de aquella parte de soberanía que le reservaron al Estado tunecino los acuerdos del Bardo y La Marsa. La restauración de las prerrogativas absorbidas por los residentes generales, tenía que traer luego una nueva construcción basada en la situación de hechos, que era la de haberse conservado el pueblo tunecino invariable en su manera de sentir y en su forma nacional después de un largo período de ocupación que duraba desde 1881. Por eso se llegó a la independencia nueva de 1956, como establecimiento de un nuevo equilibrio ajustado a la perduración tenaz del tunecinismo. Pero sin perder lo construido en ese período; por lo cual a la vez que se procuraba devolver a Túnez el aire genuino en todas las manifestaciones visibles, no se negó que los imperativos geográficos aconsejasen seguir la cooperación franco tunecina en varios sectores: como el estratégico, el financiero, el educativo, etc. Es decir, que se sustituía la cooperación forzosa por otra voluntaria.

Del mismo modo, respecto al Africa del Norte, las ideas del Jefe del Gobierno tunecino sobre los planes de federación de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia entre sí o con Francia, y las extensiones amistosas que se hagan a los vecinos España e Italia han de

seguir siempre la línea de la conveniencia común, no la de la fuerza. Por lo cual, cualquier solución en ese sentido del Mediterráneo occidental y central implica mantenimiento de la soberanía de cada Estado, y derecho para cada uno de abandonar la federación en caso necesario.

Como por otra parte, el núcleo mayor de la población de los países del lado meridional de dicho Mediterráneo occidental y central siendo de lengua árabe y civilización islámica, resulta indispensable la coordinación o al menos la comprensión de los países del resto del arabismo y el Islam en el Oriente Medio. Este es el punto respecto al cual las relaciones de Burguiba adquieren su más acusado relieve y tienen su mayor importancia, precisamente porque afectan tanto a lo exterior de Túnez como a lo interior. Respecto a la conexión con el arabismo próximo-oriental hay por una parte el antecedente de la declaración formal hecha por Burguiba en septiembre del pasado año (durante una conferencia de Prensa) de que Túnez no se adheriría a la organización de la Liga Árabe. Por otra parte, hacia la mitad del reciente abril, el Jefe del Gobierno tunecino envió a las naciones árabes del Oriente Medio un mensajero especial que recorrió Damasco, Amman, Beirut y otras capitales, con el encargo de explicar allí directamente cómo el proyecto de unión de los países norteafricanos y las gestiones de paz hechas por Burguiba respecto a Argelia no perjudican a las tendencias generales del arabismo, sino que proporcionan a dicho arabismo factores de reserva. En este sentido no tienen menos interés las noticias difundidas por radio de que el Jefe del Gobierno tunecino ha recibido invitaciones especiales para visitar el Líbano y Egipto.

Es, por tanto, necesario revisar la trayectoria general de las relaciones del antiguo caudillo del Neo Destur con la Liga Árabe, pues, precisamente, él fué uno de los políticos que estuvieron más dentro de su iniciación y de los que mejor la han conocido. En efecto, Habib Burguiba se trasladó desde Túnez a El Cairo el 26 de marzo de 1945; es decir, cuatro días después del 22, en el cual se firmó el pacto de la Liga por Egipto, Irak, Siria, Líbano, Saudía, Yemen y la entonces llamada Transjordania. En la gran urbe del Nilo fué Burguiba el principal orientador de la llamada «Oficina del Maghreb» que desde allí coordinaba la cooperación de los partidos nacionalistas en los cuatro países de Marruecos, Argelia, Tunicia y

Libia; representando además a todo el Norte de África en el centro geográfico intercontinental que constituye la capital de Egipto. Como intermediario entre la Liga y todo el sector occidental de los países de cultura árabe, Burguiba actuó directamente en varias comisiones especiales de la Liga, adquiriendo una experiencia directa. Y cuando regresó a Túnez, en septiembre de 1949, ya aparecía desengañado respecto a las aplicaciones prácticas del organismo panárabe de El Cairo. No porque hubiese dejado de creer en los principios que determinaron el nacimiento de la Liga, sino por ver las deficiencias del funcionamiento.

La principal deficiencia consiste en que la Liga fué concebida como un factor de fusión federal entre sus estados miembros, pero en vez de eso se ha venido limitando a establecer un contrapeso o equilibrio entre dichos Estados. Es decir, ha sustituido el ideal de la fusión hacia un centro por el de la neutralización de las ansias divergentes de varios de sus Gobiernos. Eso también origina el que las decisiones de su consejo y su comisión política suelen adoptar formas rígidas; para salvar compromisos de momento. Y no ha de olvidarse que las grandes etapas de la vida interna de la Liga han marcado hasta ahora más las preocupaciones polémicas con las grandes potencias que las necesidades constructivas de evoluciones de las masas de las poblaciones (con pocas excepciones entre las cuales la del Líbano).

La incorporación a la Liga de Libia y Sudán, como octavo y noveno miembros, ha contribuido durante los últimos años a reforzar algo sus posibilidades de equilibrio interior, porque aportó ciertos factores que en líneas generales pueden llamarse «maghrebíes» (incluso respecto al Sudán que se asemeja al Norte de África por varias costumbres y tendencias). A grandes rasgos se ha dicho del estilo «maghrebí» que a diferencia del próximo oriental tiene más desarrolladas las características de iniciativa individual, guerrillerismo, formas más entusiastas de la religiosidad, predominio de los factores humanos sueltos sobre los de masas, mayor resistencia a la asimilación en modos diferentes, etc. Muchas de estas cosas se han llamado «mediterraneísmo» en el sentido de que recuerdan otras análogas de Andalucía y Valencia o de Sicilia y Córcega, más que de los países más típicos del Oriente Medio. Sea por influencias raciales o del clima sobre el cual obran los factores estimulantes, los

montes del Atlas y los vientos del Atlántico, el sector que va desde Marruecos a Libia es algo intermedio entre el próximo Oriente y los países de lenguas neolatinas.

En el caso de Túnez, destaca siempre el antecedente esencial de que tunecinos y argelinos fueron quienes fundaron la ciudad de El Cairo y el edificio de la gran mezquita Al Azhar, con las mismas formas que la española de Córdoba y la tunecina de Qairuan, habiendo sido, además, esas tres mezquitas las tres primeras universidades de Occidente. Tunecinos unidos con marroquíes y con muchos musulmanes españoles constituyeron una clase dirigente de intelectuales y hombres de acción en El Cairo, Damasco, la Meca, Jerusalén, etc. hasta muy entrado en el siglo XIX. Y nunca se ha perdido entre los norteafricanos la costumbre de ir y venir por el Próximo Oriente con cierta arrogancia.

Habib Burguiba aparece ahora como un intérprete muy característico de ese estilo peculiar magrebí (acaso sin que él mismo se dé cuenta). Con empeño magrebí genuino, no se ha dejado influir por la tendencia a las ideas abstractas de brillante imaginación que son frecuentes en la parte del mundo en la cual nació el libro de las *Mil noches y una noche*. Con el sentido duramente realista del norteafricano (que viene a ser el mismo sentido del español) ve las cosas como son, no como se quisieran que fuesen. Y así se empeña en que los programas se amolden a las posibilidades de acción. El mismo Burguiba declaró en la O. N. U. que la unidad de lazos lingüísticos religiosos e históricos entre Tunicia y el Levante árabe no implica la necesidad de una unidad de puntos de vista políticos, puesto que la política tunecina tiene en cuenta un conjunto de condiciones geográficas, sociales y económicas, así como intereses particulares de existencia de su población que no coinciden a veces con los de otros países.

Un ejemplo muy notable de las diferencias en las necesidades y la conducta lo constituye la cuestión de los hebreos, judíos o israelitas de Tunicia. El Ministro de Reconstrucción y Urbanismo del Gobierno tunecino es el miembro del Consejo Nacional del Neo Destur, André Baruch, de origen hebreo. En el primer Gabinete completamente tunecino, que fué el de Tahar Ben Ammar, hubo otro Ministro hebreo, Albert Bessis. Los hebreos siempre han constituido en el Norte de Africa un factor permanente de adelanto en

varios aspectos (como los económicos), y los movimientos nacionales norteafricanos no quieren prescindir de ellos ni mucho menos perseguirles. Es sabido que en Marruecos hay también un puesto de ministro reservado para un hebreo; y en Argelia, los nacionalistas del F. L. N. siempre han dicho que su deseada Argelia separada (autónoma o independiente) sea patria de los cristianos y judíos nativos, tanto como de los musulmanes. Esa tendencia a la conservación de sus núcleos israelitas puede ser una de las razones que expliquen la falta de prisa en agregar Túnez y Marruecos a la Liga Árabe donde están en vigor varios acuerdos contra Israel. Y, además, Bourguiba protestó enérgicamente contra malos tratos recibidos en Oriente por judíos de familias tunecinas.

En resumen, no sólo puede decirse sobre las trayectorias seguidas por el Jefe del Gobierno y principal orientador tunecino que representan un factor original apoyado en peculiaridades geográficas, sino que han creado un estilo político nuevo. Este estilo político recibe ya en el uso, tanto de Túnez como de Francia y otros puntos, el nombre de «burguibismo». De él se dice que da su nota más diferenciada a un país *petit par les dimensions mais grand par le but qu' il se propose*; un país que aspira a hacer síntesis entre lo europeo emprendedor y lo próximo-oriental imaginativo, teniendo en cuenta que los tunecinos han recogido las virtudes de una y otra parte. Por la posición de corazón marítimo del Mediterráneo o de encrucijada que Tunicia comparte allí con Italia se facilita y estimula la síntesis. Dándole forma, Bourguiba podría preparar para su país un papel que en cierta publicación francesa de información sobre Túnez ha sido definido como: *une valeur d'exemple analogue à celle de l'Athènes antique*. Dicha publicación ha añadido que Bourguiba puede solicitar sobre este punto el juicio favorable de la historia. Y que este no es el punto de vista de un político mediocre, sino la visión sagaz de un hombre al servicio de sus ideales.

Junto a las ventajas hay siempre naturalmente los inconvenientes, y junto a las luces las sombras. En el caso del Jefe del Gobierno tunecino la parte negativa pudiera estar sobre todo en los problemas que le plantease su paso a la categoría de Jefe del Estado, si se aceptase la dimisión o abdicación que ha presentado el Bey (acaño forzado por las circunstancias). El mayor inconveniente de la elevación de Habib Bourguiba al puesto de presidente de una repú-

blica tunecina consistiría en que dicha república sería algo totalmente nuevo; desde cuya cabecera las labores destructivas que Burguiba hiciese resultarían más numerosas que las constructivas. Esto se refiere a que con la desaparición del Bey como figura representativa de la nación, no se trataría sólo de lo que en Europa se denomina «cambio de régimen», es decir, de una transición del sistema legal y oficial monárquico al sistema oficial y legal republicano. En Tunicia importan más que esto otros factores: como el de que la nacionalidad tunecina como factor diferenciado dentro de lo que fuese el Imperio turco se moldeó sobre el aparato del sistema beylical, y al desmontarlo suprimiéndolo, hay que reformar el concepto de la tunecina, partiendo desde un nuevo principio. Incluso porque la tradición beylical había llegado a heredar la anterior tradición de los sultanes hafsíes, formando así un fondo de gran peso secular.

Es asimismo indudable que como la supresión de lo beylical corta el mayor de los lazos simbólicos entre Tunicia y Oriente Medio, esto puede dar nuevos motivos de actividad al opositorismo anti-burguibista tunecino que tiene su principal núcleo de agitación en El Cairo, alrededor de Salah Ben Yusef. Pero por el momento el opositorismo parece desarticulado en varios grupos sueltos (yusefista, del Viejo Destur, sindical disidente, palatino, etc.), y el resultado de las elecciones de cuerpos locales en mayo, con resultado favorable a las candidaturas gubernamentales, no da por ahora esperanzas a los descontentos. La dificultad mayor para Burguiba como jefe y creador del sistema republicano, sería cargar con toda la responsabilidad y sufrir todo el desgaste de unas funciones en las cuales sus cualidades de hombre de brillantes arengas entusiastas tendrían que quedar dominadas (y aplastadas) por contrasentidos impuestos de trabas forzosas.

Un ejemplo muy claro de esto lo da el caso de los argelinos, que es ya difícil para un jefe de Gabinete y de partido gobernante, pero sería mayor para un presidente de plenos poderes presidencialistas. Después de haberse significado Burguiba como una de las personalidades que desde fuera de Argelia más han venido alentando públicamente la causa del F. L. N. y haciendo declaraciones en su favor, causó sorpresa la decisión tomada desde el 11 de abril por la cual el Gobierno tunecino declaró públicamente que retiraba su ayuda a los

argelinos sublevados. Esto lo quisieron explicar luego varios comentaristas de Prensa diaria en Europa, diciendo que probablemente la declaración de retirar ayuda se refería a la de carácter bélico, no a la de carácter pacificador; pues pocos días después inició Burguíba unas nuevas gestiones para tratar de que los argelinos (representados sobre todo por Ferhat Abbas) aceptasen una especie de referéndum como solución puente entre los proyectos de Guy Mollet y el ideal autonomista. En realidad, tanto ayudando al nacionalismo de Argelia como oponiéndose, la actitud de los dirigentes gubernamentales tunecinos está determinada por el hecho de que entre residentes antiguos y fugitivos recientes, el número de argelinos que viven ahora en Tunicia es superior a 300.000. Estas masas, que están bastante bien organizadas, pueden ser un elemento de presión sobre la vida tunecina en lo político y una carga en lo económico para un país ya apurado por la etapa de sequías y dificultades financieras que han de ir superando con medios todavía insuficientes. Cualquier solución argelina rápida permitiría la repatriación de dichos núcleos de refugiados. Aparte de lo político, las dificultades económicas del período de transición tunecino entre el antiguo protectorado y la futura aplicación de la nueva constitución proceden de que el protectorado dejó, al desaparecer, varios vacíos de carácter técnico y legal, tanto en lo financiero como en lo comercial. Por ejemplo, aún no se ha ajustado a la nueva situación de la independencia el texto de la convención general económica y financiera franco-tunecina que se estipuló en 1955. Francia sigue firmando los tratados y acuerdos de carácter económico referentes a Túnez con los países extranjeros al área del franco, mientras que Túnez quisiera poder contratar directamente. Hay además el deseo de llegar a tener en Túnez un banco de emisión.

Las exigencias de primacía del reajuste obligan a una preferencia de los aprovechamientos inmediatos sobre los planes de gran envergadura, al menos durante algunos años de restricción, durante los cuales había de atenderse casi exclusivamente a aquellas obras públicas que aseguren un rápido aumento de los bienes de consumo (sobre todo las de completar los planes de riego en la cuenca del río Meyerda). Pero para estos planes de riego, igual que para asegurar los ingresos normales que produzcan las materias destinadas a la exportación, Túnez tiene que tener en cuenta que todo estaba

orientado para la venta en Francia y la obtención de técnica en Francia. Razón por la cual los entusiasmos de la independencia son oficialmente mezclados con una gran suavidad amable hacia París.

Esta suavidad, unida al conocido desvío de Bourguiba hacia la organización de la Liga Árabe, pudieran ser motivos de que la oposición de Salah Ben Yusef se revolviere hostilmente en nombre del arabismo. Por eso, Bourguiba no puede perder el enlace con el Oriente islámico, aunque él lo conciba según normas más amplias que las del organismo de El Cairo. Así es esencial el antecedente de que Bourguiba fué el primer político de todo el mundo árabe que visitó los nuevos Estados islámicos del Pakistán e Indonesia, que son los más poblados del mundo musulmán. Él orientó también Túnez hacia el sistema de Bandung en 1955, y en marzo de 1957 él dió forma, de acuerdo con el Dr. Kwame Nkrumah, al proyecto de primera reunión de Estados africanos independientes que se celebrará en Accra. Así, la ampliación que Bourguiba propone en varios sentidos afroasiáticos se combina con el europeísmo occidental para tratar de dar a Túnez independiente un papel central de *plaque tournante* mediterránea. Con esto, Habib Bourguiba podría compensar los pequeños y pocos recursos de su país con una función de encrucijada geográfica, en la cual la agudeza cerebral de los tunecinos encuentre también ocasiones de triunfo.

RODOLFO GIL BENUMEYA

